

# Bruno Leonardo Gelber, artista improbable

CÉSAR COCA

■ En Twitter @cesarcocag

Un libro de la periodista Leila Guerriero retrata la personalidad excesiva y contradictoria del pianista argentino, uno de los grandes pese a tenerlo todo en contra

Truman Capote se definió a sí mismo en cierta ocasión como «alcohólico, drogadicto, homosexual y genio». El pianista argentino Bruno Leonardo Gelber parece seguir sus pasos. En un volumen de conversaciones con Leila Guerriero ('Opus Gelber', Ed. Anagrama), que estos días llega a las librerías, habla sin reparo de su homosexualidad, su adicción al maquillaje y cuando este no basta a las operaciones de cirugía estética, el consumo compulsivo de dulces, su pasión por el lujo y la más fotogénica aristocracia europea y la preocupación rayana en lo obsesivo por lo que los demás opinan de él. Si a eso se suma que una poliomielitis sufrida a los siete años le dejó como secuela unos grandes problemas de movilidad y que sus manos –de dedos muy gruesos– están en las antípodas de las que serían convenientes para una carrera al teclado, el retrato resultante es el de un pianista improbable, que sin embargo ha sido considerado por la crítica como uno de los cien más grandes del pasado siglo.

La vida de Gelber cambió a los siete años. Hasta entonces, era un niño prodigio especialmente cuidado por un padre violinista en la orquesta del Teatro Colón de Buenos Aires y una madre profesora de piano. Pero a esa edad lo atacó la poliomielitis. Solo a él. Su hermana, con la que estaba a todas horas, se salvó de la enfermedad. Quizá por eso, como confiesa el pianista en las largas conversaciones mantenidas en su casa con la periodista Leila Guerriero, su madre se volcó en él, aunque fuera al precio de dejar algo abandonada a la niña. Esa diferencia creó un distanciamiento que, siete décadas más tarde, aún no ha terminado de resolverse.

Durante un año, el pequeño Bruno siguió su aprendizaje tumbado. Sus padres hicieron que le quitaran los pedales a un piano y encajaron la cama debajo del teclado. Fue una petición suya que demuestra una fuerza de voluntad fuera de lo común. Luego llegó su aprendizaje en París, con una muy anciana Marguerite Long que lo recibió anunciándole que sería su «último alumno». Y a partir de ahí una carrera internacional de primera línea pese a sus muchas dificultades. Porque Gelber cuenta con todo detalle cómo



El pianista argentino Bruno Leonardo Gelber, en una imagen tomada en Buenos Aires. :: E. C.

va a todas partes con un asistente –en diferentes etapas de su vida han sido algo más que asistentes, confiesa con regocijo– que hace sus maletas, conduce si deben trasladarse por carretera, lo lleva literalmente hasta el piano cuando va a comenzar un concierto y lo recoge al acabar. Por el libro desfilan los nombres de su vida, empezando por su actual compañero de piso –la vivienda está a su nombre para que «no la hereden» sus sobrinos–, de quien subraya una y otra vez que nunca se han «visto en calzoncillos», y terminando, hace más de medio siglo, por un jugador de fútbol con quien tuvo una relación desbocada. Gelber no oculta una voracidad sexual que ni siquiera sus problemas físicos frenó en ningún momento.

Tampoco elude hablar de su amistad con ricos y aristócratas. Al revés,

alardea de ello y de sus frecuentes conversaciones telefónicas con la duquesa de Orléans. Y luego están sus costumbres. Guerriero va contando sus descubrimientos: se maquilla sin escatimar producto, se delinea las cejas y perfila los ojos, usa colonia de mujer, completa su cabellera con postizos, se preocupa si gana kilos por su glotonería y se ríe de sí mismo cuando explica que en no pocas ocasiones, al llegar a hoteles y aviones, lo han recibido llamándolo 'señora'.

## Pocos amigos del gremio

Como tantos concertistas, Gelber no tiene muchos amigos entre los colegas. Habla con reverencia de Horowitz, Rubinstein y algunos otros de generaciones anteriores –con frecuencia, para añadir a continuación que elogiaron sus interpretaciones–,

pero es inclemente con los jóvenes. A Lang Lang lo desdén sin citararlo –«ese pianista que repite el nombre»– y de Yuja Wang lo mejor que dice es que sale al escenario a tocar «casi desnuda». A su paisana Martha Argerich la admira aunque se queja amargamente de que no lo va a ver cuando ella está por Buenos Aires, y a Daniel Barenboim –los tres nacieron en la misma ciudad con apenas año y medio de diferencia– no le profesa el menor afecto. Le pasa lo mismo con los compositores: ama a Brahms y a Beethoven, pero desprecia cualquier cosa escrita en los últimos setenta u ochenta años, porque no es capaz de entenderla, ni hace el menor esfuerzo por ello. Por eso, cuando Guerriero va haciendo examen de su repertorio –con alguna confusión entre partituras– y las críticas recibidas

en los conciertos, queda muy en evidencia ese conjunto de preferencias.

Junto a la parte artística, está también la más puramente humana. Su extraña relación con las empleadas que limpian y cocinan; con los alumnos que tiene y con los que juega a equívocos de índole sexual que a veces los desconcierta; su dependencia casi enfermiza del teléfono –se niega a hacer llamadas por 'skype' porque lo obligarían a estar perfectamente maquillado–; el Rolls Royce con el que se paseaba por Buenos Aires; la anécdota mil veces repetida de la vez que, durante un concierto, se tragó un mosquito; los amigos con los que habla de amores y de las divas del cine y la canción que lo encandilan; los cotilleos de famosos que lo enloquecen; su propio cuerpo como objeto de deseo; las libretas en las que anota todo y que tienen en la cubierta una foto de la actriz Laura Hidalgo, cuyos retratos ocupan su casa; la medicación que toma cada vez que sube a un avión o los 45 minutos que estuvo charlando con Grace Kelly cuando ya era princesa de Mónaco y que es uno de los mejores recuerdos de su vida.

Ahí está Gelber, un artista que reza sin saber muy bien a quién y que está atormentado por saber qué hará cuando no pueda tocar el piano. Si los pianistas tienen fama de ser los músicos más extraños e imprevisibles, este bonaerense que vivió en Europa durante medio siglo es el más peculiar de todos ellos. El pianista más improbable.

## SU BIOGRAFÍA

► **Nació** el 19 de marzo de 1941 en Buenos Aires. Sus padres eran músicos profesionales.

► **Debutó** a los 10 años, a los 14 dio un concierto en el teatro Colón y a los 18 hizo su primera aparición en Europa, con una actuación en Múnich. Estudió con Vincenzo Scaramuzza y Marguerite Long.

► **Carrera:** Especializado en obras del Romanticismo, ha dado más de 5.000 conciertos.



Con la OSE, en 2000. :: I. PÉREZ

## LAS CLAVES

Enfermedad

**A los siete años padeció una poliomielitis; tocaba un piano sin pedales desde la cama**

Amistades

**Presume de ser íntimo de la duquesa de Orleans y sus 45 minutos más felices fueron cuando estuvo de charla con Grace Kelly**